

lo nombran jefe supremo, presidente provisorio, director de la campaña; dudan de él sus generales, envidian su prestigio, conspiran contra su autocracia. Bolívar continúa la guerra en medio de la anarquía colombiana: aniquila a los españoles en el Orinoco y toma a Angostura (1817), que erige en capital provisoria; en Boyacá (1819), y ocupa a Bogotá; en Carabobo (1821), y entra victorioso a Caracas; en Bomboná y Pichincha (1822), y conquista el Ecuador y entra en Quito.

El Perú llama al Libertador, al «gran Bolívar, al héroe de América». Impulsado por su genio acepta la súplica peruana. No ignora los peligros de esta empresa el caudillo colombiano: son veteranas las tropas españolas, han vencido durante catorce años, tienen recursos en la sierra, y los aliados colombianos y peruanos les son inferiores en experiencia del terreno y en cohesión. «El negocio de la guerra del Perú requiere una contracción inmensa y recursos inagotables» — escribía el Libertador a Sucre. No olvida tampoco que «la pérdida del Perú producirá necesariamente la de todo

el Sur
Lima l
dad mi
Repúbl
nín y A
der esp
cia de t
Bolívar
cide la
po a cu
sin un
cucho:
batalla
los res
español
el fueg
den de
dos lí
de treg
de am
ternale
bate. I
bre, un
neral C
dispers
viene
ñoles,
triotas.
comple